

La metamorfosis

Erica Sotelo Villa

Mientras cursaba la secundaria, mi mejor amiga y yo, que estábamos en el mismo grupo, acordamos acoplar a otra compañera para que hiciera las veces de "Chacha", pero el plan no resultó como yo esperaba y fue la muerte: fueron ellas las que me empezaron a desacoplar y para colmo yo no quedé en el mismo taller, sino en el de "Ajuste mecánico" donde era la única mujer; sin embargo fue ahí donde conseguí a mis mejores amigos y a mi novio Rafa, que aunque no era un príncipe azul provocó muchas envidias.

Yo llevaba mi diario personal a la secundaria; un día mis "amigas" me lo robaron, enterándose de que antes de ser novia de Rafa me gustaba el galán de la escuela y que hice hasta lo imposible para conquistarlo y no lo logré; lo raro es que él me miraba, mandaba a sus amigos a preguntar cosas de mí, me saludaba a la entrada, coqueteaba. Los dos entrábamos en un juego para hacernos notar, pero no nos atrevíamos a decirnos nada frente a frente.

Cómo olvidarlo, si aún puedo sentir esa emoción, el sudor frío de mis manos al recordar cómo se acomodaba el cabello, ese extraño tic que me volvía loca. Y su voz, cuando cantaba en los homenajes a la bandera canciones de moda con las que me hacía soñar con su amor. Cómo olvidarlo si cuando llegaba yo sentía su mirada clavada en mí y volteaba a verlo.

Todo eso se supo en la escuela cuando me robaron el diario. Tal vez por eso Rafa cambió tanto conmigo, quizá se enceló. Hizo que me alejara de los demás. Así perdí a mis amigas, o tal vez nunca lo fueron porque no podía confiar en ellas.



Fue entonces cuando comenzó la pesadilla, cuando el sueño color de rosa se volvió color de alquitrán y me desterró al infierno. Una tarde de otoño el monstruo de amor, el que me decía cosas tan bonitas y juraba amarme para siempre, me dio su primera bofetada. El motivo: uno de sus amigos, apodado La Parka, me mandó una carta, no sé qué decía ni por qué me la envió; sólo sé que él la destruyó. Me sentía rara, en sus ojos ya no veía lo mismo, su mirada era de odio y rabia hacia mí.

A partir de ese momento él me empezó a golpear por cualquier cosa. Yo callaba, apretaba los dientes y él me abrazaba, me pedía perdón y me decía que lo hacía enojar. Yo no huía ni me quejaba porque en el fondo yo lo quería; y porque tenía temor del “qué dirán”, sentía miedo y vergüenza de que la gente supiera qué estaba pasando con nuestra relación.

Esto duró un buen tiempo, lo sé porque conté día tras día cada uno de sus golpes, aunque después él los quisiera remediar con una carta melosa. Fueron siete meses de vivir esos duros momentos que quisiera borrar de mi memoria, pero ¿cómo borrar lo brutal de aquel ser al que yo amaba? ¿Cómo borrar el sabor de su saliva en mi piel? ¿Cómo borrar el lastimoso día en que me golpeó tanto por no querer tener sexo con él? Porque aunque él me tratara de convencer con palabras bonitas y táctica sucia, yo ya no le creía, sabía que sólo sería usada como un recipiente de esos que reciben el esperma de un fastuoso ser, que sólo quiere llenar su memoria de recuerdos vanos conquistando una chavita más.

Desde entonces entendí que los hombres sólo se acercan a mí por eso: por sexo; fingen amor, pero sólo toman y se van; yo no quería ser una hoja que arrastra el arroyo después de la lluvia.

Esa mañana de frío enero, Rafa tenía planes especiales para después de la clase de deporte; no iríamos a desayunar y después a casa, como acostumbrábamos, no. Pretendía tomarme a la buena o a la mala. Lo tenía todo planeado: el lugar elegido era la vieja y pintoresca casa de sus abuelos. Llegamos y entramos a una sala bonita en la que no estuvimos mucho tiempo; yo temblaba y



él sabía que no era por el frío. Pasamos a otro cuarto, del cual recuerdo el olor a humedad y las paredes pintadas de rojo viejo; de la puerta colgaban unas largas cortinas rojas; al fondo del cuarto no había más que un viejo peinador destartado de patas largas, con dos cajoncitos y una pequeña luna, un silloncito raro y muchos cojines pequeños apilados.

Dejamos las mochilas en el suelo y empezó mi tortura. Pasaban de las once de la mañana y yo aún no había hecho la tarea, aunque eso no me importaba, sólo pensaba cómo salir de ahí, sólo quería que Dios me ayudara ¡y lo hizo! Cuando estaba a punto de desvestirme llegó su hermano, lo insultó, lo pateó y le dijo: ¿Qué no sabes lo que estás haciendo? Yo comencé a llorar y el hermano de Rafa me llevó a casa en su “bocho”.

Me cambié de ropa y llegué a la escuela, entré a mi salón y me senté en mi lugar; ese día Rafa no fue. Yo quería evadir aquella situación que me causaba un dolor tan grande: tenía miedo de que algo le pasara a él, a mí... miedo a que alguien supiera. Temía a Dios y al mundo. Su hermano lo había golpeado y Rafa hizo lo mismo conmigo al día siguiente: me abrió la ceja y lastimó mi labio con una mordida, pero sus golpes ya no me dolían en el cuerpo, mucho menos en el alma. Cuando me preguntaron en casa, dije que había sido una pelea por un juego de basketbol; medio me creyeron.

A la semana siguiente un amigo me interrogó y le dije todo, más a fuerzas que por mi voluntad. En ese momento él ideó un plan. Era el día más frío del año, el sol caía en el horizonte y las hojas doradas cubrían el asfalto; entonces todos los compañeros golpearon a Rafa. Yo sólo recuerdo lo duro que fue ver cómo Rafa golpeaba a mi amigo. Así, golpe a golpe, se saldó la cuenta por todo el dolor que él causó a mi corazón. Después corrimos porque llegó la policía. De Rafa no volví a saber nada.